

Modesto Falcón

Discurso en la Escuela de Bellas Artes  
de San Eloy

Salamanca, 1859

G-F 15326



DG  
A

+167125





SOLEMNE ADMUDICACION DE PREMIOS

EN LA

Escuela de N. y B. Artes de San Eloy

DE BATAVIA.

# DISCURSO

PARA LA

SOLEMNE ADJUDICACION DE PREMIOS DE 1859

EN LA

ESCUELA DE N. Y B. ARTES DE SAN ELOY

DE LA CIUDAD DE SALAMANCA

LEIDO POR EL CONSILIARIO

Dr. D. Modesto Falcon.



SALAMANCA:

IMP. Y LIT. DE D. TELESFORO OLIVA.

Octubre.—1859.

# DISCURSO

PARA LA

SOLERNE ADJUDICACION DE PREMIOS DE 1859

EN LA

ESCUELA DE N. Y R. ARTES DE SAN ELOY

DE LA CIUDAD DE SALAMANCA

LEIDO POR EL CORRECTOR

Dr. D. Florentino Salazar



SALAMANCA:

Imp. y Lit. de D. Fernando Oliva.

1859.—1859



## Señores:

**F**ORTOUL ha escrito: « Los monumentos son la verdadera crónica de los pueblos. » No menos expresivo Villamain, nos dice: « Que el espíritu público, buscando en la arquitectura un lenguaje universal acomodado á sus inspiraciones, construye ideas con mármol y forma poemas épicos con catedrales. »

Con efecto, Señores, nada hay comparable por su grandeza á la arquitectura religiosa, nada mas digno del estudio del hombre que ese noble arte, en cuyas obras han depositado los hombres sus creencias, sus tradiciones, sus glorias y hasta sus infortunios, y cuyos monumentos, desafiando las iras del tiempo, ven rodar sobre sus cabezas los siglos, y agitarse á sus pies las generaciones. « La arquitectura es el gran libro de la humanidad. » (1)

Trazar, pues, á grandes rasgos las vicisitudes por que ha pasado la arquitectura religiosa, recorrer los hermosos capítulos de ese gran libro, poner de manifiesto el espíritu secreto que los vivifica y anima, es lo mismo que acompañar á la humanidad en su trabajosa peregrinacion, sondear los secretos designios del Dios que con su omnipotente dedo la empuja, y asunto digno de una Escuela que consagra sus tareas al cultivo de las bellas artes.

(1) Victor Hugo, lib. 5.º, cap. 2.º de Ntra. Sra. de París.

Si para desempeñarlo contara solo con mis débiles fuerzas, pronto habria declinado el encargo con que fui honrado: alentóme, no obstante, la bondadosa indulgencia de que el público de Salamanca hace siempre alarde, y en ella, y solamente en ella encuentra su disculpa mi osadía.

La piedad, Señores, primera emanacion de todos los pueblos de la tierra, ha sido tambien el manantial primero y mas puro de las sublimes inspiraciones del genio. Porque el hombre, colocado por Dios en medio de la naturaleza, cuyas celestes armonias hablan eternamente á su corazon, se siente prosternado ante el poder de su divino Artífice. La oracion acude presurosa á sus labios: la meditacion descende á su alma como un rocío del cielo: la eternidad con sus imponentes arcanos pasa ante sus ojos como una nube de fuego. La inmovilidad de esos cielos, eternamente sembrados de estrellas, cuyas inmensas llanuras surcan con igual y eterno movimiento los astros: la fecundidad de esa naturaleza que eterna y periódicamente se cubre de un manto de verdura, que arroja despues para buscar en su seno nuevas galas con que ataviarse: la estension de esos mares cuyas imponentes masas se sobrecojen de temor ante la mirada de Dios: la rapidez con que se suceden en la tierra las generaciones humanas, que pasan como nubes por el espacio: todo está diciendo al hombre á grandes voces lo remoto de su origen, lo fugáz de su presente, lo eterno de su destino. ¿Qué extraño, pues, que la piedad y la gloria hayan sido el primer sentimiento y la primera aspiracion, generadores de las grandes concepciones artisticas? ¿Qué extraño que la arquitectura, convirtiéndose en archivo de las creencias y de las glorias del género humano, haya sido el intérprete mas fiel de esos dos sentimientos, de los cuales el uno le acerca á Dios y el otro le comunica á la posteridad. El hombre para hablar con Dios, para darle testimonios de su reconocimiento, ningun idioma halló tan digno como la arquitectura, que hace hablar á las piedras, los mármoles, los bronces y los metales; ningun libro tan grandioso como los monumentos, en los que vive su espíritu, su genio, su inteligencia entera.

La piedad, como patrimonio común del género humano, ha debido producir en todos tiempos y en todas las regiones del globo monumentos grandiosos. Tuvo Israel su soberbio templo de Salomón, Grecia su Partenón y su templo de Diana, el Indostan su pagoda de Eklinga, el Egipto su Ramseoin y sus pirámides, Córdoba su mezquita, Roma su Vaticano. Símbolos de otras tantas creencias y religiones distintas, bajo cuyas inspiraciones han adorado los hombres al Dios que rige los mundos, han sido la obra de muchas generaciones, que al pasar sobre la tierra iban trazando una línea que perpetuase su memoria, como queriendo protestar contra la mortalidad de sus destinos. Esos gigantes de piedra surgieron sobre la tierra para dar testimonio de dos creencias comunes á todo el género humano; la existencia de Dios, la inmortalidad del alma; consoladoras verdades salvadas por la tradición del naufragio universal. Dogma primero y fundamental de todas las religiones, por donde se tocan y confunden, forma también el primer capítulo, escrito en la portada de los monumentos religiosos. Mas adentro no hallaremos sino las diferencias que las separan y apartan.

Colocado sobre una montaña el templo de Salomón, el Penteuco de piedra de los judíos, ¿no estaba revelando en su situación la índole de un pueblo rígido directamente por Dios, que en las alturas del Sinaí le entregaba las tablas de la Ley, y que descendía frecuentemente á conversar con sus profetas? Sus formas circulares y concéntricas, en que de santuario en santuario llegábase hasta el Tabernáculo, recinto reservado á los levitas, custodios del arca santa, ¿no simbolizaban la misión de un pueblo destinado á conservar el depósito de las tradiciones, y á transmitir á los hombres la dulce esperanza de una regeneración? Aquellos muros concéntricos, robustos y paralelos, cubiertos de oro, salpicados de pedrería y guarnecidos de las mas ricas maderas del Líbano, ¿eran otra cosa que celosos guardianes del Verbo encerrado en el edificio, y que un día habia de venir á reconciliar con Dios al género humano? No menos expresiva la arquitectura indica, refleja en sus colo-

sales pagodas, y especialmente en las subterráneas, abiertas en las rocas y sostenidas por gigantescos elefantes de granito, con sus rígidos mármoles y montañosas masas de piedra amontonadas por millones de siervos, las tenebrosas invenciones del Pantheísmo oriental, que divinizando la raza de los Brhamas, condena á las demás á una degradacion, vecina de la estupidez.

Y el Ramseoin de Egipto, sus altísimas pirámides, sus templos descubiertos y sus encubiertos subterráneos ¿qué son mas que emblemas de una religion que, santificando el fatalismo, reduce á los pueblos á una inmovilidad eterna, y símbolos de una ciencia misteriosa, que penetrada de su debilidad, esconde su cabeza entre las sombras de un geroglífico?

El Coran mismo se halla escrito en los templos moriscos. La mezquita de Córdoba, como las de Damasco y Bagdad, llevan en sus obras esa mezcla de fanatismo y voluptuosidad, de poder y de inercia que respira el Islamismo. Hay en sus anchurosos muros, desnudos de todo ornato al exterior, la fuerza y poderío de aquella raza, que acariciando la idea de dominar al mundo, se derramó en alas de su ambicion por el Asia y el Mediodia de Europa. Pero el interior de esos templos con sus bosques de columnas de mármol, sus techumbres de madera de ricos artesanos, sus brillantes frisos y profusos arabescos que convierten á las paredes en otras tantas damasquinas, sus cruzados arcos de herradura y múltiples galerias, sus mosaicos, filigranas, azulejos, fuentes, surtidores y perfumes, engalanados con toda esa pompa del lujo oriental, como las huris del Profeta, para halágar los sentidos del creyente y adormecerle en brazos del placer, ¿no revela el espíritu de una religion, que tomando al deleite por base de sus fantasías, rastrea como dorada serpiente por la tierra, sin guardar un solo pensamiento para el cielo? No busquemos allí sigao alguno que nos revele el origen del género humano y la inmortalidad de sus destinos. Estraños al arquitecto esos dogmas, pone toda su atencion en la belleza de los detalles, sin cuidarse del conjunto. No busquemos altas naves, atrevidas arcadas, puntiagudas pirámides ni gigantescas torres: el genio,

fascinado por el lujo, seducido por la serpiente, ni sabe alzar su vuelo, ni conoce los medios de arrojar al espacio atrevidas masas.

El conjunto mismo de las mezquitas es el mejor testimonio del Islamismo. Faltas de originalidad, de pensamiento propio, toman la planta de las basílicas latinas, sus columnas del órden romano y sus mosaicos y ornamentacion del Oriente. Asi una mezquita es el Coran mismo, mezcla de judaismo, cristianismo y fatalismo, á donde Mahoma fué á buscar los fundamentos de su religion, como el arquitecto árabe los despojos de arquitecturas estrañas con que ataviar sus obras.

Por donde quiera que tendamos la vista, hallaremos siempre en los templos religiosos, el espíritu secreto de la religion que simbolizan los templos de Diana y de Júpiter, ya risueños como la imaginacion de los griegos, ya magestuosos como el imperio romano, con sus elegantes columnas corintias, sus graciosos perfiles y magestuosos frontones, con sus formas, en fin, rectangulares, simétricas, iguales; imágen bella son del materialismo que les dió el ser. ¿Hay acaso en sus líneas rectas y paralelas á la tierra, en sus entablamentos ó intercolumnios algun pensamiento profundo, espiritual ó divino, ni respiran sus partes otra cosa mas que la belleza material? Si alguna idea añadieron las construcciones romanas á las griegas que tomaron por modelo, esa idea es sin duda la del poderio del imperio: idea que se lee en las vastas proporciones dadas á los edificios y en la solidez de sus fundamentos, como si presintiendo su próximo fin los romanos quisieran dejar sobre la tierra esos testigos mudos de su poder. Unos y otros, sin embargo, bellos como la naturaleza física, de donde sacaron sus tipos, de techos bajos y estensos entablamentos, confiaban su hermosura á la simétrica proporcion de sus partes, y simbolizaban una religion que, divinizando á la materia, poblaba el cielo de Dioses-hombres y de hombres-Dioses la tierra, los bosques de faunos, de ninfas las aguas y de sombras el Tártaro.

¿Qué inmensa distancia no separa estas construcciones de los

templos cristianos! Allí es la materia que, señora del pensamiento, recibe del genio el tributo de sus inspiraciones, tomando las formas de una belleza ideal, cuya vista llena de placer los sentidos sin decir nada al espíritu. Aquí es el espíritu, que convirtiendo en instrumento dócil á la materia, la hace perder su rudeza y hasta su peso en manos del genio, que la levanta en atrevidas masas por los aires, cual nubes de gasa, y parece decir al hombre: ven y sígueme á los cielos. Solo una religion, mezcla de grandeza y humanidad, que descubriendo al hombre la eternidad y enseñándole á conocer la nobleza de su alma, le devolvía su perdida dignidad y su libertad perdida, pudo sacar al genio artístico del círculo de hierro en que el clasicismo romano le habia envuelto; y prestándole sus alas, elevarle á las sublimes concepciones del arte ogival. Solo una religion de caridad, que, abrigando en sus entrañas la ternura de una madre, predicaba el amor fraternal y el perdón de la injuria entre los hombres, pudo inspirar al arte esos suntuosos monasterios, magníficos hospitales y silenciosos sepulcros que por doquiera sembró el cristianismo. Tantas son las maravillas que el arte cristiano encierra, que solamente para enumerarlas fueran precisos volúmenes enteros. Mas no entra tan basta idea en mi plan, ni se aviene bien con las modestas proporciones de mi discurso. Basta para mi objeto recordar las fases por que ha pasado la arquitectura cristiana: en todas hallaremos siempre al dogma católico; en cada una de ellas una época de dolor ó de triunfo para la Iglesia.

La humilde basilica del siglo iv, el suntuoso templo bizantino del xi, la catedral gótica del xiii, la Iglesia plateresca del xv, ó la greco-romana del xvii, llamada del Renacimiento; todas, aunque modelos de escuelas distintas, con su planta comun de cruz latina, sus altas y rectas líneas, sus atrevidas naves, soberbias torres y misteriosas luces, recuerdan al cristiano los dogmas principales de su fe, la doctrina espiritual de una religion que dirige su rumbo al cielo. Pero hállese tambien en cada uno de sus géneros, y están escritas en los modelos que los representan, las épocas gloriosas del cristianismo.

La basilica latina, forma primitiva de los templos católicos, á cuyo plan se acomodaron hasta el siglo vi y en España hasta el xi, nos recuerda aquella época trabajosa para la Iglesia, de combates, de angustias, de penitencia y de duelo, en que luchó valerosamente contra el Politeísmo y la heregía, unidos para ahogarla en su cuna. La nave única, el único altar (regularmente la urna de un santo) y su único ingreso de las basílicas de S. Lorenzo, S. Pablo y Santa María la Mayor de Roma, las de Rávena, las de Poitiers y Muns de Francia, de los siglos iv y v, y la de Santa María de Naranco en Asturias, del ix, entre otras, traen á la memoria las palabras que San Mateo, oponiendo la doctrina católica al politeísmo griego, escribía á los de Efeso: « *Unus est Dominus, una fides, unum baptisma.* » Sus cuadrangulares y macizos pilares, guarnecidos por único adorno de capiteles con ojas de olivo, robustos como la fé de los mártires; sus paredes interiores, blancas como la túnica de los neófitos; sus paramentos exteriores, lisos y sencillos como la conciencia de los creyentes; sus arcos de medio punto y humildes bóvedas de medio cañon; sus criptas subterráneas para depositar las cenizas de los santos, sobre las que se levantaba el altar; sus arcos torales y alzados coros; sus altas y reducidas ventanas semicirculares, guarnecidas de una plancha agugereada de mármol, que hacia las veces de vidrio pintado; y en fin, todo aquel conjunto grave y magestuoso por su misma sencillez, ¿no es la espresion fiel de una época en que la Iglesia lloraba todavia la muerte de sus confesores? Yo veo en aquellas sombrías paredes la austeridad de los cánones apostólicos, que por un pecado imponian años enteros de penitencia durísima; y todo me está anunciando una edad gloriosa de la Iglesia, de la que con razon se ha dicho: que eran sus cálices de palo y sus sacerdotes oro.

Bien distinta era por cierto la situacion de la Iglesia al comenzar el siglo vi. Apenas quedaba del paganismo mas que el recuerdo, y la hidra de la heregía ha escondido sus cien cabezas en las tinieblas. Los concilios ecuménicos habian esclarecido y fijado la doctrina católica, que protegida por los príncipes y enaltecida



por los doctores, tomó posesion del mundo y alumbraba los confines más apartados de la tierra. La Iglesia celebraba con alegría sus triunfos, y en vez de la ceniza del dolor cubrian sus hombros ricos pálios debidos á la munificencia de los príncipes. El arte sigue á la Iglesia, y de sombrío y austero se convierte en risueño, suntuoso y magnífico. A Bizancio, que habia tenido el raro privilegio de proteger aquellos santos concilios, debia caer tambien el honor de crear, dar nombre y propagar la nueva arquitectura religiosa. Para dejar sobre la tierra un testimonio de su fé y un modelo de su gusto, levanta el magnífico templo de Santa Sofía en Constantinopla, con el cual nadie más que San Pedro de Roma y San Pablo de Londres pueden rivalizar. Más tarde ó más temprano, de las orillas del Bósforo pasará á las del Adriático, y salvando los Alpes en alas del cristianismo, invadirá las Galias para venir á aclimatarse en España. Hace sus primeros ensayos en Rávena, dejando dos modelos en San Juan y San Vital, pone sus cúpulas en Parma, Plasencia, Milan y Pádua; y sin los justos recelos de Roma por la preponderancia de los patriarcas bizantinos, y las dobles invasiones de Norte y Mediodia en que la Europa se vió envuelta durante tres siglos, que no la dejaron tiempo para soltar las armas, tomara posesion desde luego de los templos católicos.

Por fin el genio de Carlo-Magno, conteniendo con mano vigorosa las invasiones del Norte, oponiéndolas una barrera en el Rhin y rechazando á los árabes del Mediodia, pudo hacer cesar por algun tiempo aquella marea de pueblos que se empujaban unos á otros; y volviendo los ojos á las artes, llama á sus estados los arquitectos de Oriente, y construye de puro gusto bizantino la Iglesia de Aix-la-Chapelle, á cuya imitacion se erigen otros muchos templos por sus sucesores Ludovico Pio y Carlos el Calvo. Bajo las mismas inspiraciones se levantan en Italia San Marcos de Venecia y la catedral de Pisa, que propagan la arquitectura bizantina, mirada ya con buenos ojos por los Pontífices. España la dá carta de naturaleza, y haciendo sus primeros ensayos en las catedrales de Jaca, Segovia y Gerona, en el panteon de los Reyes de Leon



y en otras muchas Iglesias, deja modelos perfectos en las catedrales de Lugo, Tarragona y Ciudad-Rodrigo, en las de Avila, Zamora y vieja de Salamanca, construidas á principios del siglo XII, por los arquitectos que trajo el conde D. Ramon de Borgoña, yerno de D. Alonso VI, conquistador de Toledo. Del siglo anterior y bizantinas tambien, son en Salamanca la capilla de Talavera y los templos de Santo Tomás, San Martín y S. Cristóbal.

Y bien, ¿qué nos dice la arquitectura bizantina? Sus templos son concilios ecuménicos de Oriente, escritos en piedra. Si en el mediodía de Europa, agoviada bajo el peso del feudalismo y desangrada por los alfanges damasquinos, se muestra en un principio triste, misteriosa, adusta y encogida, como el símbolo del misticismo exaltado por el infortunio y el dolor; más tarde, y tan pronto como las conquistas de Carlo-Magno en Francia y Alonso VI en España la dejen aire que respirar, abandonará su timidez, y tomando mayores proporciones, se cubrirá de ricos y acabados ornamentos.

Las catedrales bizantinas de España, como las de Tolosa, Angulema y Poitiers de Francia, de mayores dimensiones que las basílicas, cuya forma, sin embargo, conservan, cambian sus pilares por esbeltas columnas, adornadas en sus basas de labores, en sus fustes de estrias y boccoles, y en sus capiteles de plantas, animales y pasajes sagrados, como si quisieran decirnos que la fé habia dado sus frutos. Levantan sobre ellas arcos prolongados por las estremidades del semicírculo, que cubren su desnudez con cintas, estrellas, flores y molduras. Elevan altas bóvedas de semicírculo, rasgan ventanas de círculos concéntricos cuajados de ornatos, y abren anchurosas puertas atestadas de estatuas y relieves de todos tamaños, que con los agudos cimborios sobre el crucero, calados rosetones y elevadas torres, dan al conjunto de estos templos un caracter especial y propio del símbolo que representan. Hay en su forma exterior, grave y modesta, la magestad de los cánones de Nicea: en sus altas naves y atrevidos cimborios (de que es un bello modelo el de la catedral vieja de Salamanca con sus torrejoncillos y remate piramidal) hay la eleva-

cion del espíritu que los dictó: en los arcos lobulados, ricas portadas y abundancia de ornamentacion, la alegría del cristianismo al ver asentada su doctrina. Todo recuerda la fé de los padres de Nicea y Efeso, no menos robusta que la de los primeros mártires, aunque no tan triste y sombría.

Al comenzar el siglo XII, se observaba en los templos católicos una tendencia marcada á la forma piramidal, como si no encontrando bastante expresiva la arquitectura bizantina, intentara sustituirla con otra mas atrevida y original. En los principios del XIII era general en toda Europa la construccion ogival, que casi simultáneamente apareció en todas las naciones cristianas, dando al olvido la bizantina. ¿Qué causas produjeron tal transformacion?

Un escritor profano nos dirá con Victor Hugo que la arquitectura gótica es la arquitectura del pueblo, y simboliza la libertad, como la bizantina la teocracia. Algun otro creará ver, como Varbiwton, el origen de este estilo espiritual en los bosques de la Germania, en cuyas alineadas encinas hallará la imágen de estensas galerías, agrupados pilares, peraltadas bóvedas y festoneados encages. No faltará, por último, quien, como Cean Bermudez, buscará las almenas, torrecillas, arbotantes, estrivos, merloncillos y lanceras de los templos góticos en los castillos y fortalezas del Oriente, de donde se supone que los trageron los Cruzados. ¡Ingeniosas esplicaciones que honran al ingenio de sus autores, y en cuyo error, sin embargo, ha caído algun escritor piadoso! (1) Ni la filosofía ni la piedad pueden aquietarse con ellas. La arquitectura gótica, nacida en el siglo XIII, precisamente en el siglo de oro de la Teocracia, no puede simbolizar lo que quiere Victor Hugo.

¿Cómo no han visto los escritores á que nos referimos que su aparicion coincide con las Cruzadas, los concilios, las colecciones canónicas, los Legados pontificios y las órdenes mendicantes? Cómo no han visto en aquel siglo el espíritu eminentemente re-

1.ª Chateaubriand, que en el *Genio del Cristianismo*, lib. 9.º, cap. 8.º, nos dice: «Los bosques han sido los primeros templos de la Divinidad, y en ellos han tomado los hombres las primeras nociones de arquitectura.... los bosques de las Galias pasaron á su vez á los templos de nuestros padres.»

ligioso que le distingue, y que, reuniendo bajo una cruz encarnada á todos los pueblos de la cristiandad, llevó sus huestes victoriosas á Palestina? No busquemos, pues, á la arquitectura ogival otro origen que la piedad exaltada de los pueblos de la edad media. Naciera primitivamente en Alemania, como se pretende, tomara las formas esbeltas que la distinguen en Francia, como parece probable, ello es indudable que, filosóficamente considerada, tuvo su origen en el sentimiento religioso y artísticamente en la arquitectura bizantina. La misma distancia que separa á la arquitectura latina de la bizantina, aleja á esta de la ogival: el arte pasó de una á otra por progresiones lentas y naturales. La bizantina, limando los gruesos pilares de las basílicas, que convirtió en otras tantas delgadas y esbeltas columnas, y elevando sus naves y arcos que prolongaba por sus estremidades; preparó la arquitectura gótica, que teniendo al ogivo por principio generador, da á todas las partes del edificio la forma piramidal, y convirtiendo en junquillos las columnas, los reúne y eleva á prodigiosa altura. Hay en la catedral vieja de Salamanca algunos ensayos, que bien pueden citarse por modelo: sus arcos ogivos, mezclados y en lucha con los de medio punto, anuncian la reforma entera del arte. En ellos el artista, alzando el punto mas alto del semicírculo, le convirtió en un ogivo, precursor del gusto gótico.

Variados los fundamentos del arte, varió tambien el sistema de combinar las fuerzas. Dada esa elevacion á las delgadas columnas, ese atrevido vuelo á las naves y bóvedas, el contrapeso de las fuerzas y las exigencias de la mecánica, hicieron necesarios al exterior los estribos, botareles, contrafuertes y pináculos, los unos para resistir el empuje de los arcos, los otros para oprimir verticalmente sus arranques. Y estas masas, salientes de las líneas, desconocidas hasta entonces, que parece debian afeardar el conjunto, ¡cuánto no le hermosearon y adornaron! En mano del hábil artista se convirtieron en otras tantas bellezas, y dieron á las catedrales góticas ese aspecto original, que las hace aparecer á cierta distancia como unas montañas de estalactitas, formadas

caprichosamente por la naturaleza. Ese bosque de pirámides, de erizadas puntas, cuajadas de crestería, unidas tal vez por calados antepechos ó airosas galerías, y dominados por las altas torres; ese atrevido cimborio sobre el crucero, esos millares de nichos, repisas, estátuas y doseletes; esas numerosas perforaciones, subdivididas por curvas que imitan los hilos de un encaje, y entre las que desaparece el espesor del muro; todos los delicados trabajos que la circuyen ¿no dán á una catedral gótica la apariencia de una cartulina primorosamente recortada? ¿No imitan la vaporosa gasa que encubre á una imágen?

¿Qué otro género de arquitectura mejor que el gótico, con sus formas aéreas y piramidales, se prestaría á formular en piedra el espiritualismo de una religion que enseña al hombre los secretos caminos del cielo? ¿Quién mejor que las portadas de las catedrales góticas, con sus apiñados arcos que recorren ojas, estátuas, imágenes y adornos delicados, coronados de esquisitos rosetones y estátuas de Santos, recordará al cristiano que aquella es la casa de Dios, consagrada á la oracion, en cuyos umbrales mueren las pasiones para dejar paso únicamente á la piedad?

No menos magestuoso el interior de estos templos, respira por todas partes la sublimidad de cristianismo. El arquitecto, al reunir los junquillos de los pilarones, supo, presentando á la vista las aristas, disimular su espesor, y darles las apariencias de una delgada maceta de azucenas, cuyos pétalos, entreabiertos á grande altura y recogidos en sus perfiles por los junquillos, formasen las aéreas y apuntadas bóvedas. Y cruzando con arrojo en diferentes caprichos los juncos, imitó los hilos de una malla: no parece sino que la materia, dócil en sus manos, perdió su peso y quedó suspendida en los aires. Asi las naves góticas parecen nubes de incienso, formadas en el espacio, para cobijar el santuario del Señor. Y si á todas estas grandezas del arte se unen las misteriosas luces de sus pintados vidrios, que tomando los cambiantes del ópalo, la esmeralda y el rubí, dan á los sepulcros, á las estátuas y relieves formas fantásticas y animadas; las armonías del órgano y de las altas campanas, que rodan-

do de nave en nave van á morir en las gradas del tabernáculo; las gigantescas torres que, rasgando las nubes, parecen querer penetrar con su cabeza en los cielos; todo ese conjunto de maravillas que á porfia se disputan la atención del cristiano ¿no diremos que en todas partes se encuentra el espíritu religioso de los Cruzados y la piedad sublime de nuestros padres?

¿Con qué fundamento, pues, ha podido decir Victor Hugo que en el templo gótico apenas asoma la cabeza el dogma de vez en cuando, y que el sacerdote se oculta para dejar paso al ciudadano? Todo al contrario, ¿qué arquitectura habría simbolizado mejor aquella época de entusiasmo religioso, en que la fé unia á los pueblos hasta entonces enemigos, la fé les abria los caminos de Oriente, la fé hacia á los Papas árbitros supremos de las contiendas de los príncipes, la fé ponía en sus labios las máximas olvidadas de la justicia humana? Época gloriosa para la Iglesia, á cuya voz, humildes los príncipes bajaban las levantadas espadas, alzaban los pueblos su frente abatida por el feudalismo, y abatía el feudalismo sus formidables castillos; debió tener también una arquitectura, que por su atrevimiento, magnificencia y suntuosidad representase tan sublimes pensamientos. Esa es la arquitectura ogival: eso simbolizan las catedrales de Reims, Strasburgo, Paris, Bourges, Leon, Toledo y Búrgos, entre otras mil que pudiéramos citar, porque el número de ellas guarda relación con su magnificencia, y papas, soberanos, señores y municipios se disputaban el honor de fundarlas. Tres siglos dominó sin ribal el género gótico: á principios del xvi cede ante la invasión de otro género. La Catedral nueva de Salamanca, construida desde 1513 por los Ontañones, según los diseños trazados por Alonso Rodríguez y Antonio Egea; la Iglesia de S. Gerónimo fundada en 1522 y la de Sto. Domingo, son los últimos esfuerzos del genio gótico, que ya se ven invadidos por otros estilos. Aquella exaltación religiosa de la edad media cedió: la fé recibió tremendos golpes desde el siglo xv: la duda, lanzada por Lutero, cayó en medio de aquel fervor religioso, cual gota de hielo en leche hirviente: el gusano hizo del árbol de la fé su gua-

rida, y mas tarde ó mas temprano le habia de agostar. Enturviado el manantial puro de las inspiraciones del genio, no le pidamos en adelante lo que ya no puede darnos, la originalidad. El pensamiento humano, jóven y robusto, sacude la blanda tutela en que la Iglesia le tuviera cuando era niño; y envanecido con su primer triunfo, se lanza de locura en locura hasta parar en la Enciclopedia francesa. El espíritu de análisis, enemigo mortal de la imaginación, penetra en las artes. Al imperio de la fé sucede el imperio de la razon. Tras de los cruzados vienen los filósofos: tras de S. Luis y Ricardo, Enrique VIII y Luis XI: tras de los poetas los retóricos: tras del espiritualismo el clasicismo frio y exótico.

Donde la razón y el cálculo imperan de una manera absoluta, todo se sujeta á tiempo y medida: así las creaciones artísticas del siglo xvi, tenían que resentirse de frialdad. La arquitectura, á semejanza de la literatura, fué á buscar en el clasicismo griego y romano los fundamentos de la belleza. Vitrubio y Vignola fueron sus apóstoles, el Escorial su maravilloso modelo, Herrera su gran maestro en España. Es, pues, gusto greco-romano el del renacimiento, belleza material, sensible, que nada espiritual simboliza; escelente, magnífica, suntuosa para un palacio, un teatro, un museo ó un colegio, pero incapaz de reproducir con sus rectas líneas, recortados perfiles y apuntados frontones las celestiales armonías de la fé. Tanto como la admiramos en la casa de la Aduana, Palacio Real, Museo de pintura, puerta de Alcalá y S. Vicente de Madrid; Plaza mayor, colegios de Cuenca y S. Bartolomé, casas de la Salina y las Muertes de Salamanca, nos disgusta verla empleada en los templos cristianos.

Todavía, sin embargo, en los primeros años del siglo xvi, la arquitectura gótica, disputando á la greco-romana la posesion de los templos, tomó la forma plateresca, transición de la ogival al clasicismo. Un dechado de este género nos ofrece la fachada principal de la Universidad, y otro modelo no despreciable el elauastro del Colegio mayor del Arzobispo, construido por diseños de Ibarra en el año 1521.

Las oleadas de escepticismo que invadían á la sociedad, ahogando hasta los últimos resplandores del genio artístico, concluyeron con las peregrinas creaciones ogivales. El arco romano y la columna griega, si bien enriquecidos con la bóveda latina y el cimborio bizantino, tomaron posesion de los templos. El arte seguía los pasos de la sociedad; y sucedió que en esta la hinchazón, la sutileza y el ingenio habian ocupado el lugar de la filosofía: la razon, envanecida con sus triunfos, osó poner su mirada en alturas donde la luz ciega los ojos. Entónces la literatura produjo Góngoras, el arte Borrominos y Churrigueras, la filosofía Voltaires y Rouseaus. Arrojáronse heregias contra las letras, heregias contra el arte, heregias contra la fé. La literatura se vió oscurecida con las nubes del culteranismo, la fé manchada con las blasfemias de los filósofos, los templos adulterados con los engendros de Churriguera.

El siglo XIX es reparador: nuestras generaciones han traído al mundo la mision de reparar los estragos causados en la fé, en la ciencia y en el arte por los vértigos del siglo XVIII. De entre los escombros de la fé, que la revolucion amontonó, han salido los genios de Olavide, Chateaubriand y Donoso para reconstruir las creencias. El arte tiene tambien sus Chateaubrianes y Donosos; y la magnífica catedral que se intenta levantar en Madrid, como monumento de la piedad que enaltece á nuestra Soberana, inaugurará, no lo dudeis, Señores, una época nueva y brillante para la arquitectura religiosa en España.

Aun á riesgo de parecer difuso y molesto, no quiero cerrar este desaliñado trabajo, sin dirigiros la palabra, jóvenes alumnos de esta escuela, encantadoras criaturas. He sido padre: de mi corazon, ayer bañado en las dulzuras del amor paternal, ha hecho el dolor su morada. Yo, pues, que he sentido uno en pos de otro todos los estremecimientos que la paternidad ocasiona, yo, que he gozado en la sonrisa de un hijo el único pedazo de cielo que plugo á Dios dejar en la tierra, yo, que he llorado en su tumba las lágrimas mas amargas que arranca el dolor al alma, ¿podría despedirme sin dedicaros un recuerdo? Tiernos niños,



sobre cuyas frentes baté sus alas el ángel de la inocencia; jóvenes alumnos, en cuyos ojos brillan ya los primeros relámpagos de las pasiones, escuchadme una palabra, una tan sola, que resume todo mi discurso, y que quisiera grabar en vuestras almas con caracteres de fuego. La fé dió sus alas al genio artístico de la edad media: la fé ha de ser tambien el faro luminoso que alumbré vuestros pasos en el camino de la vida. La religion, despues de consagrar los tres primeros preceptos del decálogo á la piedad, pone á la cabeza de los que se encaminan á los hombres, el de honrar á los padres; dánonos así á entender que despues de Dios, nada hay tan sagrado en la tierra como un padre. Dios y nuestros padres, la religion y la familia, hé aqui las dos anchas bases en que han de descansar las sociedades, hé aqui las dos imágenes á quienes vuestros tiernos corazones deben dar incessantemente culto.

HE DICHO.



# HIMNO

cantado por varios alumnos de ambos sexos de la Escuela de N. y B. Artes de San Eloy de Salamanca en la solemne distribucion de premios, verificada el dia 9 de Octubre de 1859.

*Musica del Sr. Marqués de Villa-Alcazar, Regente de la Escuela, letra del Consiliario D. D. Doncel.*

---

## CORO.

---

*Llegó del gran dia espléndida aurora,  
Y nuestros afanes premiados se ven:  
Dispensa la Escuela el don que atesora,  
Y brilla en los niños la cándida sién.*

*Cantemos hoy  
De San Eloy  
Escuela insigne la proteccion.  
Nobles artes y bellas  
Son radiantes estrellas  
Que guian al progreso de nuestra gran Nacion.*

---

Del Tórmes en la orilla  
Mil plácemes arranca  
Ilustre Salamanca,  
La de recuerdos mil.  
Hoy la niñez hermosa  
Corre gozosa  
Nuevas coronas á conquistar.  
Intrépida se lanza,  
La gloria es su esperanza,  
Y los laureles ha de alcanzar.

Aqui damas hermosas,  
Aqui graves varones  
Sienten sus corazones  
De entusiasmo latir.  
Y brilla mágica  
La luz magnética,  
Cual llama fúlgida  
Que de su foco espléndido  
Destella el claro sol.

---

## CORO.

---

*Llegó del gran dia, etc.*













